

las, que en todas partes debiera de ser el vivero de lo noble y de lo sano, aquí perseguía el negocio, el enriquecimiento y la holganza, sin amar el título, ó el estudio, ó la ciencia, sino el metal, el influjo, la concesión ventajosa para ellos, aunque á la larga resulte ruinoso para el país... ¡Bah, el país, la patria! ¿qué significan?... Son vocablos hueros, palabrería de románticos, antiguallas que la *gente seria y práctica* ni menciona siquiera porque en las edades modernas y en los cerebros pensadores, calificase eso de convencionalismo, de abstracción subjetiva y sin enjundia, que á la primera embestida del análisis se desmenuza lastimosamente... Salvador lo palpaba más mientras más se hundía él en ese precipicio de retórica con que sus amigos los *intelectuales* contagiábanlo: ¡nada de ideas estrechas ni mezquinas!... las patrias se borrarán, se borraban ya y reabsorbían en las nacionalidades poderosas de las razas despiadadas y atléticas que hoy marchan á la cabeza y son ejemplo de bienestar, de salud y de cultura.

Y en estos despertares suyos, tan de mañana, antes que la metrópoli se desperezase de su tranquilo y brevísimo dormir,—el vicio y los viciosos apenas si le consienten que medio se repose unas tres horas, de las dos á las cinco,—en estos sus despertares, Salvador, ante el silencio de las cosas y de los seres, se acobardaba, y comenzando por su propio individuo, tan plagado de lacras, no paraba hasta el país íntegro que auscultaba con maravillosa exactitud y precisión, con una clarividencia tan precisa, irrefragable y lógica que á él mismo lo aterrizzaba. Igual que en un período de sonambulismo ó alucinamiento profético, Salvador adelantábase á los años y á los hechos, y sin asiento en que apoyarse, presenciaba sobrecogido la catástrofe final que se cernía sobre esta tierra suya á la que idolatraba, y á la que, sin embargo, no sabía, ya no digamos

libertar—que obra de romanos habria sido,—nó, ni advertirla á lo menos de los peligros que corría y del horroroso fin que la aguardaba si sus hijos no le tendían la mano. Veía el desastre, sus orígenes y causas, que, otros como él, muchos, muchísimos, los sabían y los callaban cobardemente, egoístamente, dejando que la nacional dolencia se agravara hasta no ser posible, en lo humano, hallarle remedio; veía los resultados de las causas y orígenes, los síntomas siempre más alarmantes de la llaga interna y de la erupción al exterior, y, á pesar de ello, permanecía inactivo y mudo, como los otros, que también estaban enterados. Sentíase, además, cómplice de este suicidio lento de la nación y de sus hijos, supuesto que en vez de dar el grito de alarma; en vez de correr una madrugada de esas á las torres de la Catedral y tocar á rebato para que advirtiendo á la ciudad capital, el país entero quedara advertido, en vez de pintar el cuadro aquel que tantas enseñanzas contendría, ó de escribir aquel libro que denunciara el peligro, en vez de eso, dejaba que el país empeorase... y el país se encogía de hombros frente al naufragio individual de Salvador, el país, incierto, caminaba sin curarse del pasado y sin curarse del porvenir... y él, Salvador, bebía, se encanallaba, perpetraba crímenes cual la violación de Carolina, abandonaba el trabajo que redime y el arte que enaltece, perdía la cátedra de la Academia, y, contaminado del asfixiante medio, continuaba peñas abajo ¡aquí me hiero, allá me rompo!, sin preocuparse de dolores ni desgracias, anhelando muy en lo recóndito acabar de una vez y no legar nada á nadie, ni libro ni cuadro; pudrirse bajo el polvo; agusanarse y desaparecer sin que lamentaran su desaparecimiento, después de haber vivido, lo más que se pudiera, esa vida porcina que vivía, á fin de ser igual al país y sus hijos... ¡Si al

## F. GAMBOA

menos no le hubiesen amputado desde la escuela su creencia en Dios, su creencia en el alma!... pero, vaya usted á lograr que en los estercoleros renazcan las violetas... Crecerán ortigas y cicutas; y esas sí que crecían, hasta dentro de sí mismo. De dondequiera que cogiese la cosa, á la fuerza paraba en el corazón, que era el enfermo; el corazón suyo; el de los que como él aún dábanse cuenta de que el derrumbe amagábalos; el corazón de México, que, en ocasiones y en un lenguaje extraterreno, sin palabras ni voces, cuando mucho se lo estrujaban sus hijos parricidas, diríase ¡ay! que se quejara con sus cielos preñados de nubes negras, con el viento que en las noches silenciosas y solemnes pasa, gimiendo de veras, por entre bosques y desiertos, con el agua que de sus cordilleras baja y se derrama con apagado rumor de llanto y de sollozo...

—Vaya «Obispo», salta á la cama, ¡anda!, que estoy perdiendo un tornillo—decíale Salvador á su gato.

Y el gato acudía al reclamo, venía de donde estuviera, frotando su espina enarcada contra aristas de muebles y filo de puertas, la cola recta y casi inmóvil, hilando roncamente sin abrir el mostachoso hocico, desde que escuchaba el acento de su amo. Hincaba luego las uñas de las manos en la lana de las mantas revueltas del lecho, y de un brinco ágil, en el lecho se tumbaba á que Salvador le rascara el vientre, y él morderlo y rasguñar, hilando roncamente, hilando, hilando...

«Netzahualcóyotl», por su lado, desgañitábase desde su jaula, en solicitud de alimento y mimo, y Salvador volvía á la realidad y volvía á su cama á reconciliar el sueño, en tanto los desmayados *Angelus* que en los templos nacían y el terco llamar á las primeras misas, adormecíanlo confiado—si la visión del artista había sido muy

## RECONQUISTA

intensa,—en que alguien ya, con aquellos repicares, anunciaba los riesgos que se arremolinaban por encima de la ciudad dormida y del país aletargado.

A su segundo despertar, tornábanle en ocasiones sus afanes de antaño por trabajar y el ansia de hoy por regenerarse con sus pinceles y con lo que sabía que llevaba en el cerebro, no obstante su vivir y su pecar; muchos cuadros, muchos, alguno inmenso, que sin embargo no atinaban cómo nacer y en la tela eternizarse, y únicamente se traducían en pinceladas vulgares, una que otra genial, que acababan por sacarle las lágrimas á los ojos, que obligábanlo á reclinar la cabeza impotente en el borde del caballete, ó bien, enfurecíanlo, lo levantaban del asiento, lo hacían recorrer el estudio, enloquecido, blandiendo el tiento, blasfemo y maldiciente; ó rasgar, á puñadas y á coces, el lienzo encuadrado, concediéndoles la razón á sus amigos y á sus hermanos, que, por lo bajo, y anónimamente en los periódicos, le negaban que fuese tal artista, que nunca hubiera sabido pintar ni diera trazas de llegar á saber, y urdían en su contra un despiadado vacío alrededor de su obra, larga ya y no inadvertida por críticos imparciales y remotos, de otras partes, que ignoraban al hombre y sus defectos.

¿Por qué se ensañaron contra él los suyos, los que lo abrazaban, los que mentíanle amor y aplauso? ¿por qué?... Él jamás varió; siempre fué el mismo: leal, generoso, crédulo; jamás traicionó á nadie ni á nadie intentó privarlo de su pedazo de sol y su pedazo de fama ¡al contrario!...

¿Por qué, pues?... ¿Por sus defectos y vicios?... ¡Pero si se los debía á ellos, á todos!... ¡Si él había llegado de su hogar lugareño y sencillo, con el cuerpo fornido y el espíritu sano!... Caso que alguien debiera de estar enconado,

## F. GAMBOA

era él, él, cuya desgracia grandísima—¡ahora palpábala!—estribaba en haberse puesto á trabajar á sus solas, sin demandar arrimo á esta camarilla ni atender las pasiones de la de más allá. Ahí estaba su desgracia, en haberse puesto á engendrar y producir, aislándose en su rincón y sin curarse de troyanos ni de tirios; en que le hubiera importado menos que uno de sus propios bledos, el que ellos, ¡los intelectuales de la capital de la república nada menos!, entre sí se detestaran y á matar se tirasen sus grupos enemigos, desde revistas y diarios, los que en diarios y revistas disfrutaban de influjo ó de acceso, y los que nó, desde mostradores y mesas de cafés y tabernas, donde los de uno y otro bando concedíanse treguas para beber y degradarse juntos... breves horas en que gracias al alcohol, fingíanse reconciliación y afecto, olvidar lo pasado, sólo preocuparse por la conquista de las alturas del Arte, constituidos en falange incontrastable de inteligencia y refinamiento.

Y Salvador mantúvose siempre á distancia de esta farsa que lo estomagaba y de aquel odio que lo entristecía; Salvador, desde su rincón, siguió engendrando y produciendo su obra de varón que no há menester de teatralerías para demostrar que es hombre á las derechas, de los que dejan hijos robustos, así sean feicitos y encogidos, cerriles y sin fafalaes.

Tal debía de ser la causa del desvío á que hoy teníanlo condenado, hoy, que tanto necesitaba de consuelo á fin de minorar los tumbos de su caída implacable. Como no podría pintar todo aquello, de ahí su afán de estamparlo en un libro, al correr de su pluma bravía, sin estilo, ¡concedido!, pero respirando las páginas lo que sus cuadros respiraban: ¡verdad y vida!

Entonces, metiales mano á los pliegos amontonados en

## RECONQUISTA

la mesa del estudio, é hincaba en ellos la pluma con tan reconcentrado furor, que el papel desgarrábase, como la tela, y ni el cuadro ni el libro prometían concluirse. La mañana sí que se concluía, acercábase la hora del yantar y del aguardiente coreado con los perpetuos *hermanos y amigos*; y aunque Salvador jurábase que no los buscaría más, que ese día sería el último, al filo de la una se marchaba, previa una espolvorada de su pergeño, rumbo á la cantina en que los otros, ya instalados, recibíanlo al igual que siempre, afectuosos, conversadores, festivos.

Más que su casita de Flores, ¡parece mentira!, echaba de menos su cátedra en la Academia, de la que lo despojaron con mucha mayor violencia y con mucho menor anuncio que de su inmueble. Una mañana, de cobro de quinceña por cierto, lo llamaron de la dirección cuando él salía del aula con su acostumbrada escolta de discípulos que de verdad lo amaban y con quienes luego de terminada la clase continuaba departiendo de belleza y de colores; con quienes soñaba en voz alta de persuasión y de confianza sus sueños artísticos más recónditos é irrealizables, y en cuyas juventudes sembraba la porción de semillas sanas que raramente dejan de echar raíces hondas; discípulos que le llamaban «maestro», en el noble sentido del vocablo, y que como á tal lo seguían y escuchaban guardándole compañía desde la escuela hasta el taller, en grupo atento que aplaudía sus doctrinas ó á boca llena le festejaba observaciones y agudezas, con escándalo de las gentes que en la calle debían ceder la acera, para no ser magullados, á aquella docena de melencidos distraídos. De la dirección llamaron al pintor y en la dirección se personó, sin sospechar lo que el llamamiento iría á significarle.

—Arteaga—comenzó el director, intentando suavizarle

F. GAMBOA

la nueva con melosas sonrisas,—mi querido Arteaga, ¡hoy es día de malas noticias!...

—¡Quiá!—replicó éste sonriente.—Hoy es día de «quin-cena» y por consiguiente, de júbilo... ¿Le ocurre á usted algo?...

Sí, que ocurriale: no saber cómo notificarle la noticia. Atascándose aquí y tartamudeando allá, por fin, diósele; tenía encargo del ministro de pedirle su renuncia, con la compasiva mira de no dispararle una destitución que por igual perjudicara á Salvador y á la escuela.

¡Válgame Dios, y la puñalada que sintió Salvador al oír aquello! Quiso, primero, que se le repitiera punto por punto el ministerial acuerdo, y lo escuchó entre movimien-tos afirmativos de su cabeza, como para que mejor se le entrara en ella y dentro se le quedase esculpido. Luego, se recogió en sí mismo, cabizbajo y serio, mirando el ta-pete que se extendía á los pies del sofá de Viena en que el director repitió la orden, y por remate, muy ronco, res-pondió:

—Pues de renunciar, no renuncio... ¡Vean Uds. cómo me echan!...

Ante su inesperada resistencia, el director se creció, un punto:

—Peor para Ud., amigo mío, porque entonces será des-tituído, mal que nos pese al señor ministro y á mí, pero el acuerdo es terminante... Se dice por ahí que Ud. observa una conducta...

—¿Qué significa eso, por favor? ¿que no sirvo para el puesto?...—inquirió Salvador, angustiadísimo.

—No, amigo Arteaga, muy lejos de ello—repúsole el director.—Se habla de su conducta moral... ¡Vamos, Ar-teaga, no me obligue Ud. á concretar!

—No, si ya puede Ud. guardarse el resto, que, con per-

RECONQUISTA

dón sea dicho, ¡no me importa ni jota! Es que creí que Uds., ¡no se ofenda Ud., señor Orellana, ni lo tome á mala parte!..., ¡creí que Uds. me declaraban incompetente en mi oficio!—Y francamente rompió á reír, y más franca-mente aún rompió á hablar:

—Verá Ud., señor Orellana, verá Ud. por qué ahora, menos que antes, me inclino á renunciar, ¡asi me maten!... Verá Ud...

Y el señor Orellana, por contemporizar, hubo de tra-garse, íntegra, la catilinaria del artista despechado, quien, en su habla viva y pintoresca, soltó cuanto se viene á los labios de un hombre independiente y de poderoso intelecto, no pervertido en sus ideas fundamentales aunque no camine muy derecho por las demás callejuelas de los con-venionalismos y de las hipocresías, cuando le asestan un golpe que no esperaba y que le destruye sus creencias en la justicia y en el derecho. A raudales le brotaban las pa-labras, ora silbadoras cual irritadas sierpes, ora melan-cólicas y blandas cual sepultureros de mutiladas victorias y de ídolos rotos. Flagelaba, en ocasiones, á los gobiernos y á los individuos que los forman, por injustos, por igno-rantes, por arbitrarios y perversos, fundándose en que el gobierno-abstracción no existía, en que sólo existen los que se escudan tras esa palabra que á modo de vulnera-ble coraza, lo cubre todo: á veces, el Gobierno, lo es un rey, un sultán, un presidente de república, un czar, algo respetable y grande, y á veces, el gobierno es el publicano, el gendarme, el lictor, el covachuelista, algo vulgar y ruin, sin responsabilidad ni criterio, tiránico y despiada-do que tritura ó aplasta; las camarillas, los privados, los que medran y vencen, amparados á la sombra de los de arriba, á quienes se aproximan por las infamias y las ba-jezas...

## F. GAMBOA

—No lo digo por Ud., señor Orellana—se adelantó á afirmarle Salvador, cuando el otro iba á meter baza y á atajar la pedrizca,—lo digo por los que yo me sé... y que usted también sabe!

Sarcástico ahora, volvió á la carga, y diseñó sangrientas caricaturas de personajes encumbrados, más viciosos que él ¡á todas luces!, y sin la atenuante suya: ellos llevaban, amén de sus vicios, el cerebro hueco, y él, Salvador, nó, llevaba vicios, pero llevaba talento:

—Sin modestia, director, la verdad pura.

El director, poniéndose en pie, enseriado y grave, dió punto á la lluvia de denuestos opositoristas:

—¡Basta, señor Arteaga, Ud. sabrá lo que hace!...

—Rogar á Uds. que violenten mi destitución, porque sin ella, no hay quien de la cátedra me saque.

Poco hizose esperar; á las veinticuatro horas de lo hablado, la destitución le llegó dentro de cubierta alargada y con todos los requilorios: «Secretaría de Justicia é Instrucción pública.—México, á tantos de tantos, etc.»; lo de rigor en casos tales. El pliego fué crucificado en el taller, y aun desfigurado en su redacción: la palabra «Justicia» aparecía tachada, y la palabra «Instrucción» en «Destrucción» convirtióla, diz que—solía decir,—para ejemplo y escarmiento de futuros candidatos al magisterio de la belleza.

Y lo que es su destrucción propia, si que se acentuó á partir de la destitución de la Academia por él idolatrada desde su arribo á la capital, cuando mozo, á la que más amó conforme más la frecuentaba, en la que entró triunfante, decidido á realizar prodigios artísticos de palabra y de obra, los que por dentro bullíanle mientras fué feliz, y de la que lo habían expulsado por inmoral en su conducta privada, porque alguien propaló, sin duda,

## RECONQUISTA

su triste hazaña con Carolina... Así asegurábasele Covarrubias:

—Damas encopetadas movieron influjos poderosísimos para que en desagravio á esa pobre niña de la Colonia de Santa María, te plantaran de patitas en la calle... ¡Más vale que la sepas!

Por los ojos de Salvador pasó una nube perceptible—¿de remordimiento?... ¿de cariño aún no extinto?...—y durante unos minutos dió á su amigo la callada por respuesta; que ni con Covarrubias mencionaba nunca el sucedido. Airado, luego, desatóse en improperios contra todo lo creado, señaladamente contra las cosas divinas (que nada tenían que ver), y contra cosas y personas de gobierno (á las que maldito lo que les importaría esa ira). Así andaba el país, ¡claro!, entre curas y faldas...

—Yo soy muy libre de meterme con cuanta mujer me venga en mientes, si ella lo tolera; y de no volver á casarme, aunque mis desmanes con alguna lo reclamen, ó aunque sus vengadores naturales, si los tiene, me metan cuatro tiros por seductor y vagabundo ¡muy bien metidos!... Pero un ministerio, según tú me lo afirmas, ¿por qué diantres ha de convertirse en el enderezador de los tuertos que causen sus dependientes?... No puede ser, hombre, te digo que no puede ser. ¿No ves que yo seré muy inmoral y corrompido, y al propio tiempo muy buen pintor?... A mí no se me contrató para la cátedra de Historia Sagrada ni para edificar, con mi ejemplo, á colegiales creditos que de coro se saben las cuatro reglas; me contrataron para la cátedra de paisaje, ¿estás?... ¿A qué escarbar, pues, en mi vida privada, si á nadie le debo cuenta de ella?...

Ahí, Covarrubias, salíale al encuentro y en convencerlo esforzábese de que sí debemos ¡todos! rendir cuentas, y

## F. GAMBOA

estrechísimas, á Quien se halla por cima de todo lo malo y á cada cual discierne lo que se merece...

Blasfemaba Salvador de que el novelista le opusiera argumentos tan infantiles y quebradizos, «los que,—afir-mábale,—ya nadie con dos dedos de frente tomaba en serio.»

Enzarzábanse en el altercado, que, á poco, agriábase y en pelea de verdad transmutábase, allí, en el destartalado estudio polvoso, sin más testigos que el «Obispo»— que ni pizca se preocupaba con tal disputar,—y «Net-zahualcóyotl», que, siempre prisionero en su humilde jau-la de *carrizos*, aleteaba, iba y venía por sus travesaños y silbaba sus trozos mejorcitos, los montaraces nunca olvidados á pesar del cautiverio y de la residencia ciudadana. Covarrubias, sin embargo, cedía el primero, y solemne, emplazaba á Salvador:

—El milagro te arrancará la venda, el milagro de que hoy ríes, pero que á la fuerza se te presentará en una ú otra forma ¡ya lo verás! Bueno es que sufras lo que su-fres, y mejor que sufras más aún... Sin duda, no te creas que es poco caritativo mi deseo, ¡al contrario! Las almas del temple de la tuya, de eso han menester, de un castigo en relación con su fortaleza... Tú no eres sino un desca-rriado, ¡mal que te pese! ¡Y tornarás al redil, vaya si tor-narás!...

—Pero, Julián — interrumpíale Salvador, — ¿adónde se te va el sentido cuando hablas de estas cosas? ¿Cómo es que no las escribes en tus libros?...

—Porque el camino de los libros es más dilatado que el de los cuadros; los libros necesitan andar mucho para producir su efecto, años de años, y hay que princi-piar por atraerse al lector, por fabricarse un público á fin de luego decir lo que decirse debe, lo que uno se ha pro-

## RECONQUISTA

puesto decir desde los comienzos... Mas, volvamos á tu caso, para acabar, ¡ea!, que no quiero reñir contigo; tu caso es igual al de la mayoría de los incrédulos teóricos, y teóricos lo son casi todos ¡créeme á mí!, vale decir, de muy fácil de cura. ¡Sufrir, sufrir, y sufrir!... sí, aun-que se te salten los ojos y me supongas chiflado; su-frir, que es la panacea por excelencia para los males del ánimo... El día en que ya no tengas á quien volverte, ni esperanza en que reclinar tu cabeza, ni fe en que apo-yarte para concluir tu peregrinación de la cuna al sepul-cro, ese día, fatalmente, te volverás á Dios y sentirás que floreces, por adentro; y las espinas de afuera no se te hin-carán más en tus pobres carnes doloridas, ó si en ello persisten, ya no te harán el daño que solían ¡qué han de hacértelo!... Por eso me alegra que en la justicia adores, que ames al pueblo, que proyectes cuadros de prédica y consuelo; y me alegra también que te rebeles cuando tú, ó la justicia ó el pueblo padecen. ¡Padezcan más ellos y tú más que ellos, y la reacción será próxima y definitiva!... ¡Anda, criatura, anda, coge tu paleta, y, mirando hacia lo alto, pinta lo bajo, lo que sufre, lo que gime en eucarís-tica espera de la hora infalible de las reparaciones! ¡Pinta á tu pueblo, pinta sus dolores y congojas, las injusticias que lo ahogan!... ¡Anda, busca el alma nacional, búscala entre los miserables y necesitados de educación y de mo-ral, de pan y creencias; búscala bien, que allí palpita y allí la hallarás!... ¡Bobo, que sólo con querer hallar esa alma inmensa, no sabes que has encontrado ya la tuya propia!... ¡Sufrir más, hombre, sufre más!...

Sufrir—pensaba Salvador á sus solas.—Y ¿qué más que-ría Covarrubias que sufriera? Aun cuando por su culpa sufriese, lo cual no era cierto, porque una buena parte de sus sufrimientos reconocía por causa ajena, aun

cuando por su culpa sufriese, ¿por qué sufrir? ¿á quién beneficia el dolor?... Hasta el crimen beneficia á alguien, pero el dolor, ¿á quién?... ¿Qué había hecho él, á ver, qué había hecho para que le fuese como le iba? Descontado su pecadillo con Carolina—que le molestaba de tiempo en tiempo, y aun en ocasiones desvelábalo, — ¿qué había hecho fuera de esto, para que el naipe le diera tan mal y todo le saliera tuerto, cuando no ciego, sin que la rueda presentara trazas de girar un poquito y darle respiro?...

Veía su vida muerta, la feliz; veía su vida viva, la actual; su vida por nacer, la de mañana, la de aquí á un mes, la de aquí á un año, y no les encontraba lazo de unión; antes antojábansele vidas de individuos diferentes que no tuviesen entre sí ni la menor liga de parentesco. ¿Qué diferencia entre aquélla y la de hoy! ¿cuánta semejanza probable entre la de hoy y la de mañana!... Los naufragos mismos—Salvador gustaba de equipararse á ellos,— ó perecen de una vez, ó se rehacen y tornan, más ó menos tarde, á las playas de que los alejó la necesidad, el capricho ó esta maldición condenada de ir por ahí trabajando el sustento; y él, que era naufrago, y patente, ni acababa de morir, ni inspiraba sana piedad, ni agonizaba á las derechas. Sacábale de quicio que no obstante los descreimientos de que alardeaba, nunca se decidiera á despacharse por sí mismo, en una de sus tantas murrias como rumiaba en el desmantelado estudio polvoriento, dentro del cual hasta los ensueños de otrora, los entusiasmos artísticos parecía que se amodorraran, que se prendieran á las telarañas de los rincones del taller, á las de la entumecida voluntad del pintor... Y no se despachaba, nó, acomodábase á vivir cual vivía, anhelante de tropezar un buen día con *algo*, que, aunque no atinaba con lo que sería, de mucho tiempo atrás haciale falta grandísima...

¿Dinero?... ¡nó! Cada vez ganaba menos, cierto, mas así y todo, lo poco que apanaba y lo demasiado que mal vendía de los restos de su estudio, dábanle de sobra para seguir tirando del carro, para sus comidas en fondas humildes y sus copas en cantinas baratas; para conllevar esa especie de bohemia—siempre odiada,—que lo envejecía prematuramente.

¿Faltaríale el arrimo de sus hijas?... Sí que le faltaba, sin duda; pero aparte que Magdalena andaba Dios sabría dónde, en Roma, ó Barcelona, ó Nueva Orleans de monja profesa que ha dicho adiós al mundo y no hay quien averigüe su paradero; aparte que Evangelina le escribiera del salvaje rincón de Chiapas en que se hallaba soterrada, cartas tardías que traicionaban sus nostalgias y tedios, por mucho que en alguna le hubiese notificado el advenimiento de robusto varón bautizado con el nombre de él, de su abuelo, y en epístolas posteriores le viniese narrando menudamente las proezas, enfermedades, dentición y fiebres palúdicas del infante; todo eso aparte, y aun cuando Salvador supusiérase rodeado y mimado por ellas y basta por el nietecín, sólo alivio sentía, pero comprendiendo que no era el *algo* aquel de que necesitaba.

¿Le faltaría amor?... Y relase de sí propio. ¿Amor á su edad, con sus escepticismos y experiencia?... ¿Acaso no había burládose del que Carolina le brindara, por saber lo que tales brindis significan y en lo que paran? Y por lo que al otro amor miraba, al momentáneo que nos presta descanso y despejo luego de practicado, ése, tenialo á cualquier hora, á cualquier precio, con ésta ó con aquélla...

Quizá le faltaría un estímulo para proseguir su obra artística truncada brutalmente por cábalas, persecuciones y envidias ocultas, por la conspiración del silencio urdida contra sus cuadros, por el vacío en que éstos caían, gra-

cias á *amigos de verdad* y á *hermanos de ideal*... Cual si ya hubiese despejado la incógnita, quedábase suspenso un punto, para á poco volver á sus cavilaciones y recuentos. Nó, tampoco era eso, ¡ése menos que nada!, pues no obstante su despeñamiento—que despeño y no descenso era el suyo,—conforme bajaba más, reputábase más alto que las cofradías y pandillas de quienes con su misma envidia y sorda guerra, confesábanse sus inferiores y con mezquindad le estorbaban el remontarse, á fin de que no los opacara y le fomentaban sus vicios é instintos torpes, para facilitar el traspies final, que á nada nos reduce, así en el cerebro llevamos altezas y pensamientos grandes... ¡Ah!, Salvador veía bien los tiros, conocía las tácticas viejas: si alguien nos sobrepasa de una pulgada siquiera, ¡duro con él!, ¡tirarle á la cabeza!, ¡que la incline, que la doble, que vea hacia los fangos por donde vamos todos caminando indignamente! ¡que nadie sobresalga, que nadie se declare independiente y produzca á sus solas, según producen los machos poderosos y nobles, sin alabanzas ni ayudas! ¡que se doblegue el rebelde, que aprenda á arrastrarse y á adular y á fingir! ¡que engañe, que mienta, que aplauda lo censurable y frente á lo laudable se alce de hombros! ¡que sea como nosotros, que, allá vamos, á los empleos descansados, á las sinecuras bien retribuídas, en compacto tropel de lobos domeñados y envilecidos que sólo dentellean entre sí y mutuamente se devoran á efecto de que la manada disminuya y las protecciones aumenten en honra y provecho de los tenaces, de los que en nada reparan, de los que cantan, tocan, pintan, esculpen y escriben al mejor postor, en obsequio del amo que más monedas arroja á los surcos estériles de sus existencias de artistas falsos!...

El, Salvador, persistiría en su alejamiento, persistiría

en producir aislado y solo en cuanto curara de esa impotencia transitoria que hoy le afligia, sin afiliarse á pléyades ni cenáculos, yendo en busca de la verdad y de la luz desde el fondo de su actual miseria despiadada que de aceptar tenía, como una prueba, ¡únicamente como una prueba!, de la que saldría triunfante y magnánimo... Sí, saldría sin rencores para los causantes directos ó indirectos de ella, al no más que tropezar con aquel *algo* que le faltaba y que no acertaba á descubrir en parte ninguna.

Y ora poníase á emborronar cuartillas, que no le satisfacían después de escritas; ora sentábase frente á la tela impoluta de algún cuadro en proyecto, cuya blanca pureza esturpaba febrilmente con ansia de estampar algo inmortal y bellissimo; y de no lograrlo, de convencerse de que el Verbo y el Color abandonábanlo—en castigo sin duda de los abandonos de él,—rompía á llorar en llanto de sollozos dentro del estudio, desmantelado y polvoriento, mientras los acompañantes de sus horas negras y de sus días grises, el «Netzahualcóyotl» y el «Obispo», maldito si le hacían caso ó si con su inmenso duelo simpatizaban; al igual de los prójimos y semejantes del pintor, «Netzahualcóyotl» silbaba y «Obispo» dormía, hecho un ovillo insensible, sobre el solo mueble de talla que sobrenadaba en el estudio, el sillón abacial de caoba, tapizado de tela magnífica venida á menos.

Entonces, Salvador echábase á la calle, á caminar mucho, hasta las vecindades de Chapultepec; á campo traviesa, para no contemplar el desfile de carruajes de los ricos y para ver de resucitar, con las caminatas feroces, lo que á la fuerza dormiría dentro de él de su infancia campesina.

Con el cansancio y el atardecer, amortiguábansele un tanto las penas, lo bastante para cobrar esperanzas de sa-

nar el día menos pensado. Tumbábase encima de la hierba, de cara á las nubes, para pensar alto, y veía cómo los astros iban encendiéndose uno á uno, por parejas, por constelaciones; sin proponérselo, pensaba en mundos infinitos, en existencias superiores, en felicidades supremas, y ganábalo una dulzura intensa que lo inmovilizaba de cuerpo y le soltaba las ideas á que volaran, á que subieran, allá, arriba, ¡quién sabe dónde!, cual si sus ideas poseyeran alas y en la mente del artista desgraciado se consumieran prisioneras... Si por acaso cerraba los ojos con el propósito de que la jaula de su cráneo no quedase desierta, ¡qué incongruencia!... ¿pues no entrábanle secretas ganas de ponerse á rezar, muy quedito, para los astros? ¿no involuntariamente volvíase á Dios y se creía dotado de su alma de niño, la que en las escuelas habíanle amputado cuando le demostraron con una millonada de razones científicas que la tal no existe ni es posible que exista porque... pues, por todo aquello que le explicaron y que á él se le grabó corrosivamente en los interiores de su sér?...

Salvador atribuía el curso de sus pensamientos á debilidades impropias de hombre, y ahogaba el impulso, rompía el hechizo, se incorporaba bruscamente, y, ya anochecido regresaba á la ciudad, á la cloaca cuyas fosforescencias impuras, á la distancia diademábanla de un halo luminoso. A la cloaca tornaba; y para que la tentación no lo invadiera otra vez, en lugar de mirar á lo alto, á lo bajo miraba, gacha la cabeza y el andar tardo; como si el *algo* que faltábale, hubiera de encontrarlo por los suelos, buscando...

## II

Convencido de que se estrellaría al tocar la tierra, apretó sus ojos y extendió los brazos, vertiginosamente atraído por el abismo que columbraba en su descenso... ¿Por qué caía, tan de repente? ¿Por qué había subido, tan alto, con qué poder, desde cuándo?...

Como tardase en llegar, no obstante que bajaba á grandísima priesa, entreabrió los ojos, con miedo, para averiguar por dónde iba, y tan cerca hallóse de la tierra que, en rápida ojeada, abarcó un extenso conjunto: los volcanes, las montañas, los lagos del valle de México, al instante reconocidos; luego, vió la ciudad enorme, tendida á sus pies, morisca, envuelta en gasa de polvo, apenas rasgada aquí y allí por las torres de los templos, por chimeneas, por los observatorios simulando minaretas... Y conforme acercábase, siempre con los brazos rígidos, convencido de que lo mataría la intensidad del choque, sudando un frío sudor copioso que lo empapaba y estremecía por lo irremediable del riesgo sin duda, todavía acertó á mirar la florescencia extraña de la anciana ciudad impenitente; sí, vió unas flores extraordinarias, cuyos nombres, sin embargo, él sabíase de coro aunque de nadie los hubiese aprendido, que aplicaba con una portentosa atingencia no obstante divisarlas malamente en su sin igual caída; flores con aromas ignotos, con colores fantásticos, cual ni los chinos ni japoneses imaginaron nunca para los bordados mágicos de sus sedas ó para el esmalte